

El ‘mosso’ que abatió a cuatro de los terroristas del 17-A, con secuelas graves, topa con la frialdad de la Administración

El héroe olvidado de Cambrils

JESÚS GARCÍA, **Barcelona**
Se le ha llamado, tal vez con razón, “el héroe de Cambrils”. Se han escrito, a su pesar, crónicas que ensalzan su trayectoria. Algunas son falsas, como que había sido legionario o que era un experto tirador. Incluso parece que inspiró, en parte, a Javier Cercas para su novela *Terra Alta*. Pero la realidad del *mosso d'esquadra* que abatió a cuatro de los cinco terroristas que sembraron el caos en el paseo marítimo de Cambrils la madrugada del 17 al 18 de agosto de 2017 es más prosaica. Y más triste. Si es un héroe, es un héroe olvidado, aplastado por la maquinaria de la administración.

El agente, que aún sufre las secuelas de aquella actuación providencial (depresión, estrés postraumático, problemas para dormir), declaró ayer, en la Audiencia Nacional, en el juicio por los atentados del 17-A. Su aspecto físico poco tiene que ver con el de un Rambo. Habla con los brazos cruzados delante del cuerpo, como protegiéndose. Para alguien cuyo mayor temor es ser reconocido —él solo acabó con la mitad de la célula yihadista de Ripoll y teme represalias— ha sido hiriente tener que declarar a la vista de los tres acusados: Mohamed Houli, Driss Oukabir y Said Ben Iazza, acusados por organización terrorista, pero no como autores materiales de la matanza. Su abogado había solicitado para él la condición de testigo protegido, pero el presidente del tribunal, Félix Alfonso Guevara, no lo permitió.

Es el último agravio a un policía que ha padecido la frialdad de una burocracia que no entiende de héroes. A diferencia de la agente que le acompañaba esa noche en la rotonda del club náutico, él no ha sido indemnizado ni reconocido como víctima del terrorismo. La Generalitat, pese a que le condecoró, no ha seguido su evolución. Regresó a la calle, y a los pocos días tuvo una actuación con un individuo árabe que le superó. No ha podido volver a trabajar. Se ha visto

obligado a seguir de baja porque la Seguridad Social no le concede, por ahora, la incapacidad total.

Ajeno a esas circunstancias, el agente explicó con sobriedad, en menos de cinco minutos, una actuación que salvó su vida y, quizás también, la de otros ciudadanos que esa noche de verano paseaban tranquilamente por la turística Cambrils. El *mosso* y su compañera estaban en un control como parte del operativo de seguridad tras el atropello masivo de La Rambla. Pasada la 1.00, un Audi A3 negro ocupado por cinco integrantes de la célula irrumpió en el paseo. “Encaró hacia nosotros y aceleró a fondo pa-

ra embestirnos. Solo tuve tiempo de gritar ‘cuidado’. La *mossa*, que también declaró (protegida) fue arrollada frontalmente.

El Audi A3 volcó y de su interior salieron los terroristas armados con cuchillos y un hacha que habían comprado en un bazar chino. También llevaban “chalecos adosados al cuerpo”, que el *mosso* interpretó como reales (más tarde se supo que eran simulados). “Uno de ellos viene hacia mí con un hacha en la mano, gritando *Allahu Akbar*. Solo me dio tiempo a prepararme y, cuando lo tenía a pocos metros, disparé hasta abatirle. Descubrí cuánto disparé”.

El *mosso* se había quedado sin munición en el subfusil cuando se percató de que otros tres terroristas se le abalanzaban. “Corro a la derecha, me cuelgo el subfusil al cuello y cojo mi arma reglamentaria. Cuando me giro, los tenía encima. No tuve tiempo más que para abrir fuego y abatir a los tres. Acaba todo, me quedo en *shock*. No comprendo lo que ha sucedido (...) Lo peor de todo es el sentimiento de culpa”.

Mientras lo explica, desde la *pecera* Driss Oukabir hace aspavientos, se pasa la mano ostentosamente por la cintura. Uno de los jóvenes abatidos fue Moussa Oukabir, su hermano pequeño. El *mosso* vio a su compañera con el rostro ensangrentado. Aún tuvo la sangre fría de pedir a un ciudadano el teléfono móvil para llamar a emergencias. “Fue la primera llamada que recibimos esa noche”, detalló el mando policial que elaboró los informes sobre aquella noche de terror. “Había gente que se había tirado al agua, confinada en restaurantes, otra tirada en el suelo...”

Ana María Suárez estaba tendida sobre la acera, cerca del Audi A3. Aún vivía cuando llegó el *mosso* 13941. “Estaba mal. Me recordó a un ser querido y le cogí la mano. Le dije que todo iría bien”. Suárez murió y se convirtió en la decimosexta y última víctima mortal del 17-A.



Lugar donde volcó el coche de los terroristas en Cambrils. / JOSEP LLUIS SELLART

El agente, que no ha sido indemnizado, tuvo que declarar a cara descubierta

“Los tenía encima. No tuve tiempo más que para abrir fuego”, relató

kioskoymas#centr